

“La historia es lenta... El proceso histórico es tan lento que muy pocas veces sus cambios son perceptibles para aquellos que los viven. Pero el trabajo subterráneo del tiempo se manifiesta con repentina violencia y desencadena series de mutaciones que, a la vista de todos, se suceden con impresionante rapidez.”

Octavio Paz.
Pequeña crónica de grandes días

Galería de Papel. Caroline, actriz de teatro. Andreina Mujica. París, 2005



“Cuando el representante político concita demasiado amor y, por lo mismo, demasiado odio, hay que hacerse preguntas sobre la estabilidad emocional de una nación”

Fernando Mires.
Los diez peligros de la democracia en América Latina.

Venezuela 1989-2005

La polarización política como conflicto cultural

¿De la partidocracia al neoautoritarismo popular?

La historia reciente nos señala que una ruptura del sistema de partidos y representación política desencadenó esta nueva era en Venezuela. El sociólogo Tulio Hernández fija el cambio de dirección en 1989 y de esa fractura viaja al escenario actual de polarización política tras la llegada de Hugo Chávez a la presidencia. Luego, la polarización ha modificado el carácter simbólico del acontecer político en el que además, la nueva forma de ejercer el poder produce conflictividad y un nuevo orden de valores políticos que el autor califica de “neoautoritarismo popular”.

“Prefiero ser puta que chavista.”

Anónimo. Pancarta portada por una mujer de clase media en una manifestación antigobierno en Miami.

“Con hambre y sin empleo con Chávez me respeto”

Anónimo.
Graffiti en un barrio de Caracas

Recent history indicates that a breakdown in the system of parties and political representation unleashed this new era in Venezuela. Sociologist Tulio Hernandez places the change of direction in 1989, and from that fracture-point travels to the current scenario of political polarization following the arrival of Hugo Chavez in the presidency. This polarization has modified the symbolic character of political events, in which –moreover- the new way of exercising power produces conflict and a new order of political values, wich the autor describes as “popular neo-authoritarianism”.

■ Tulio Hernández

Desde el 27 de febrero de 1989, cuando ocurrió el legendario *Caracazo*, la más violenta y costosa en vidas humanas entre todas las revueltas populares ocurridas en América Latina en protesta por las reformas económicas hechas a imagen y semejanza del Fondo Monetario Internacional, hasta el presente, mediados del año 2005, cuando escribimos estas líneas, Venezuela ha vivido un largo, complejo, *sui generis* y, en buena medida violento, proceso de “desajuste social”, cuya consecuencia más visible ha sido el surgimiento y consolidación de un fenómeno de polarización política que divide al país en bloques aparentemente irreconciliables, dificultando la convivencia social –incluyendo las relaciones familiares, laborales y de amistad– en términos hasta ahora desconocidos en una democracia relativamente joven que pronto, en el año 2008, podría arribar a medio siglo de existencia sin las interrupciones ocasionadas frecuentemente en América Latina por los golpes de Estado, las guerras civiles, la insurgencia guerrillera o las sagas terroristas.

I. DEL PORVENIR LUMINOSO A LA OPACIDAD DEL PRESENTE

Entre una y otra fecha, entre 1989 y 2005, media una saga de sucesos² que ha venido a resquebrajar de manera definitiva el cuerpo de certezas –que no eran necesariamente “verdades”– sobre las cuales se edificaba la idea dominante³ entre los sectores con mejores niveles de vida, compartidas por amplias franjas de los menos beneficiados, de que era Venezuela un país económicamente solvente, democráticamente sólido, socialmente pacífico y dueño de un modelo político estable y una inagotable renta petrolera que garantizaban un futuro inevitablemente luminoso para todos sus ciudadanos.

En este lapso de más o menos quince años, aunque en sentido estricto la debacle comenzó a hacerse claramente visible en 1983 una vez ocurrido el fenómeno de devaluación conocido como el *Viernes negro*, hemos vivido:

Primero: la fractura y cuestionamiento de los imaginarios políticos y sociales –de las más fuertes convicciones–, que el país y sus ciudadanos se habían hecho sobre sí mismos, su economía y su sistema político;

Segundo: el colapso abrupto y demolidor del sistema de partidos sobre el cual

“

Este modelo político naciente, más allá de sus autodefiniciones proselitistas es la fuente de lo que podemos llamar un “dilema conceptual” o una “crisis de interpretación”

”

se edificó el modelo democrático iniciado con éxito a partir de 1958;

Tercero: la emergencia de un nuevo grupo de actores, una nueva clase política, identificados bajo el mote personalista de chavismo, que luego del fracaso en su intento de acceso al poder por la vía del golpe militar lo alcanzó de modo vertiginoso por la electoral iniciando su ejercicio con una condena en su totalidad del modelo político anterior, denominado desde el primer día del nuevo gobierno como la Cuarta República, y anunciando la creación de algo absolutamente nuevo, autodenominado la Quinta República,

Cuarto: un proceso de confrontación y polarización política con visos de ingobernabilidad, signado por una intensa movilización de masas, brotes de violencia, y prácticas antidemocráticas oficiadas por todos los bandos en pugna, que alcanzó su clímax entre diciembre del 2001 –cuando se convocó el primer Paro Cívico en contra del presidente Chávez y su régimen–, y en agosto del 2004 –cuando se realizó el referendo revocatorio presidencial–, e hizo temer al colectivo por la posibilidad de que el conflicto se desplazara hacia su resolución violenta vía guerra civil, golpe de Estado u otra modalidad de ejercicio autoritario. Y, por último,

En quinto lugar: el aplastamiento y derrota política, a partir del referendo revocatorio del 2004, de los diversos sectores de oposición luego de los sucesivos y fallidos intentos de interrumpir el mandato presidencial del teniente coronel Hugo Chávez, que ha conducido a la consolidación de su régimen y proyecto político cuya naturaleza resulta todavía difícil de caracterizar, tanto en el marco de la cartografía tradicional de la política venezolana como en los más recientes desplazamientos del presente latinoamericano y mundial, pero que muestra los rasgos suficientes como para ser calificado como un modelo *neautoritario popular*, de cuya definición nos ocuparemos más adelante.

Puede sostenerse entonces que en Venezuela estamos viviendo un intenso proceso de cambio social y una transición política cuya intensidad marca el fin de una época –y de un modelo de democracia representativa definido como un sistema de conciliación de intereses, signado negativamente por el ejercicio de la *partidocracia* y la consecuente captura de las instituciones sociales por parte de los dos grandes partidos tradicionales⁴–, y el nacimiento de otra –expresada en un modelo que se presenta a sí mismo como una “revolución” definida ideológicamente como *bolivariana*, orientada a la construcción de una sociedad socialista, cuyas características e implicaciones, más allá de los cambios inscritos en la Constitución de 1999, y en las leyes aprobadas posteriormente, aún no se han definido públicamente.

Sin embargo, este modelo político naciente, más allá de sus autodefiniciones proselitistas es la fuente de lo que podemos llamar un “dilema conceptual” o una “crisis de interpretación” toda vez que ni el pensamiento social ni el activismo político de oposición ha logrado caracterizar el nuevo régimen en términos que generen acuerdo y, por el contrario, se ha actuado de manera errática recurriendo a calificativos y adjetivos con mucha intención proselitista pero poco potencial comprensivo y explicativo.

Por eso, en lo que va de régimen se le ha calificado desde revolución “bonita”, “bolivariana”, “pacífica pero armada”, “democrática” o “socialista”, desde la perspectiva de los gobernantes, hasta “dictadura”, “comunismo”, “réplica del castrocomunismo”, “totalitarismo”, “populismo de izquierda”, “fascismo”, “proyecto militarista”, desde la mirada opositora.

Frente a este escenario muchas pre-

guntas vienen al caso. ¿Qué fue lo que verdaderamente ocurrió y sigue ocurriendo? ¿Por qué Venezuela, el país que creyó en la “ilusión de armonía”⁵, ha llegado a vivir en este estado de confrontación violenta y polarización política? ¿Es una responsabilidad de los nuevos actores políticos, del proyecto chavista, o responde a factores estructurales anteriormente incubados en la sociedad, o son las dos cosas a la vez? ¿De qué naturaleza es la transición que se encuentra en marcha? ¿Por qué nos cuesta tanto calificarla con precisión y por qué genera tan opuestas y confrontadas percepciones? ¿Estamos frente a una alternancia política más, asunto de nuevos actores y emergencia de nuevas élites, o ante la construcción de un modelo político radicalmente diferente? Y, en caso de estar ante un modelo político radicalmente diferente ¿significa éste una apuesta de profundización de la democracia o por el contrario es la existencia misma de la democracia lo que se encuentra en riesgo? ¿Qué se juega el país en este dilema? ¿Por qué, a casi cincuenta años de ejercicio que suponemos democrático, no logramos avizorar con un mínimo de transparencia el futuro de un proyecto común?

2. LA NATURALEZA DEL CONFLICTO: POLARIZACIÓN Y FRAGMENTACIÓN SOCIAL

El ascenso de Hugo Chávez a la presidencia de la república –el primer gran *turning point*⁶ en nuestra historia democrática posterior a 1958–, significó efectivamente la entrada de la nación venezolana en un tipo de confrontación política de altísima intensidad tan amenazada por la violencia que requirió de la instalación en Caracas de misiones permanentes de organismos internacionales como el Centro Carter y la Organización de Estados Americanos (OEA), así como la creación del llamado Grupo de Países Amigos, en calidad de mediadores para impedir la resolución armada del conflicto.

En los casi seis años transcurridos desde entonces el país se ha visto sumido en una situación de conflictividad resultante del choque entre un proyecto que se ha presentado como un nuevo tipo de liderazgo que se propone romper definitivamente con el pasado, y el intento de resistencia que diversos sectores de la sociedad no articulados bajo un proyecto político común han intentado oponerle.

Este nuevo liderazgo que se proyecta,

“

En caso de estar ante un modelo político radicalmente diferente ¿significa éste una apuesta de profundización de la democracia o por el contrario es la existencia misma de la democracia lo que se encuentra en riesgo? ¿Qué se juega el país en este dilema?

”

para decirlo en términos de Alfredo Ramos Jiménez⁷, como un poder innovador, popular, mesiánico y revolucionario, desarticulador del pasado político y articulador de “un nuevo comienzo” de la sociedad, la república y el Estado, ha desarrollado -en nombre de la reivindicación de los excluidos y el castigo a la clase política anterior- lo que para muchos resulta un estilo de gobierno pugnaz, violento, negado al diálogo, sectario, practicante de la supremacía moral para descalificar al enemigo y promotor de la intervención política de las Fuerzas Armadas y la militarización de la población⁸.

La oposición por su parte, aunque resulta más exacto decir, *las diversas modalidades de oposición* ya que ésta no es homogénea en su interior⁹, ha oscilado entre el uso de vías insurreccionales y no democráticas – como el intento de golpe de Estado de abril de 2003 y el arbitrario e inconstitucional decreto sobre el que se intentó legitimar-, la aplicación de estrategias de presión poniendo en riesgo importantes propiedades públicas –como el ya legendario paro petrolero de diciembre de 2002 a enero de 2003 generador de grandes costos económicos a la empresa petrolera nacional PDVSA-, hasta la uti-

lización de recursos legítimamente constitucionales y democráticos –como la convocatoria al referendo revocatorio en agosto de 2004 o la intensa movilización de masas en una descomunal saga de actos multitudinarios de protesta callejera ocurridos entre el 2001 y el 2004.

Lo cierto es que bajo una conducción atípica, pues la ausencia de partidos políticos sólidos colocó a organizaciones como la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), la Federación de Cámaras de Comercio e Industria (FEDECÁMARAS), y la alianza coyuntural de los dueños de los grandes medios, especialmente de las televisoras, en calidad de dirigente del movimiento, la acción opositora que comenzó en una escala muy pequeña y terminó convirtiéndose en un inmenso movimiento de masas no partidistas se concentró durante casi 4 años en la meta única y recurrente de lograr la salida inmediata del presidente Chávez de la primera magistratura sin discriminar, en muchos casos, el tipo de vía o recursos al cual apelar.

En ese proceso los medios de comunicación, tanto los privados como los del Estado, terminaron sustituyendo el papel tradicional de “intelectual orgánico” que Gramsci le asignaba a los partidos, dejaron de ser “narradores del conflicto político” para convertirse en miembros activos de la contienda, creando así situaciones absolutamente novedosas¹⁰ sin referencia en la vida política nacional, que vinieron a reforzar aún más la emocionalidad e irracionalidad del conflicto.

Lo que se ha vivido desde entonces es un estado de conflicto permanente¹¹, zozobra reiterada, y “naturalización” de la violencia política que ha significado hasta el presente más de un centenar de muertes ocurridas por su causa; la consolidación de una situación de pugnacidad recurrente entre el presidente y distintos sectores: la jerarquía eclesíástica, las clases medias, los propietarios de los medios de comunicación y los periodistas, los empresarios y sus gremios, las clases altas de la vecina Colombia, el gobierno norteamericano, las organizaciones de derechos humanos; la puesta en práctica por ambas partes de una estrategia de “batalla final” que moviliza la sociedad políticamente pero hasta hace muy poco la había paralizado económica y emocionalmente; y, lo más importante desde un punto de vista psicosocial, el secuestro de la psique colectiva, incluyendo los espacios tradicionalmente más neutros políticamente hablando –los de la intimidad y la amistad-

que ha sumido a la sociedad en una condición monotemática que obliga, incluso en fiestas y reuniones familiares, a poner reglas de juego como prohibir el tema político de manera irrestricta para garantizar la cordialidad.

Los ejemplos sobran. Pero donde la polarización llega a hacerse más patética es en la dificultad que tienen los venezolanos para lograr acuerdos mínimos en las explicaciones sobre lo que está ocurriendo. En este terreno se hace explícita y tangible y uno de sus efectos más visibles, lo perciben apenas arriban al país periodistas y observadores internacionales que no vienen con posiciones tomadas, es que cada hecho público o proceso de interés colectivo tiene por lo menos dos, e incluso tres y cuatro versiones radicalmente contrapuestas, interpretaciones contradictorias, significados diferentes, generalmente con muy pocos o ningún punto en común, que hacen del conflicto cotidiano un juego de espejismos y representaciones asimétricas.

La pregunta evidente es ¿cómo llegamos aquí?

3. ALGO MÁS QUE UNA CRISIS POLÍTICA.

A pesar de la polarización que todo lo permea y por tanto divide incluso las interpretaciones académicas del fenómeno, algunas cosas van quedando claras y generando puntos de consenso al momento de intentar explicaciones.¹²

La primera de ellas es que *no estamos frente a una crisis política* más de las muchas que periódicamente atacan a las democracias latinoamericanas en su inestable devenir. Es decir, *no se trata de una situación meramente coyuntural*, generada sólo por la presencia de un nuevo tipo de actores, prácticas y discursos en la conducción del gobierno ni, como sostiene la explicación oficial, por los desafueros cometidos por “las oligarquías y el bipartidismo” que dirigió al país en los cuarenta años de democracia previa, o por el sabotaje y la “decadencia política” de una oposición que se niega a abandonar sus privilegios y crear situaciones de ingobernabilidad.

Estamos, por el contrario -y esta es una de las principales hipótesis que queremos desarrollar en este ensayo- *en medio del forcejeo histórico entre culturas políticas divergentes, expresadas en dos o más maneras confrontadas de entender la democracia y la justicia social*

“

Pero donde la polarización llega a hacerse más patética es en la dificultad que tienen los venezolanos para lograr acuerdos mínimos en las explicaciones sobre lo que está ocurriendo

”

(que son a la vez modos distintos de estar en la modernidad), resultantes de un proceso de ruptura y fragmentación social ocurrido a partir del quiebre de las identidades políticas básicas y los imaginarios sociales que habían operado como sustento cultural y cemento ideológico del sistema político y los modos de convivencia instaurados consensualmente en Venezuela a partir de 1958, que ha tenido como catalizador el discurso de ruptura y las prácticas políticas del presidente Chávez y su proyecto.

Para explicarnos mejor, y aún corriendo el riesgo de parecer exagerados, se puede decir que el país atraviesa más que por una crisis política, o mejor, además de una crisis política, por un proceso de transición y ruptura de valores, creencias y representaciones compartidas, de lógicas y modos de percepción que hacen difícil la comunicación y la convivencia entre dos modos distintos de estar en la modernidad, en la política y en el país, y que ese proceso, que ya venía gestándose previo a su irrupción en la escena pública, ha encontrado en el tipo de liderazgo del presidente Chávez -mesiánico, popular, carismático-, en algunos rasgos de su discurso -pugnaz, provocador, sarcástico,

excluyente del adversario- y las prácticas políticas de su proyecto -violentas, autoritaria, de eliminación de la autonomía de poderes, basadas en la supremacía moral y el odio de clases- un fuerte catalizador -un dispositivo de profundización de las diferencias- que ha acelerado el desencuentro entre las partes, reforzando en cada una de ellas lo que el filósofo Julián Marías, refiriéndose a los antecedentes de la guerra civil española, denominó la *voluntad de no convivir*.¹³

¿Cuáles son los síntomas que nos permiten sostener esa afirmación? El primero, además el más fácil de demostrar cuantitativamente y el más estudiado¹⁴, es el ya mencionado *colapso del sistema de partidos*. El segundo, y concomitante al anterior, el *quiebre de las identidades políticas tradicionales* como resultado de lo que algunos han llamado *desafección partidista*, y como consecuencia de lo que a partir de ahora llamaremos, para recurrir a una imagen gráfica, *el síndrome de la balsa de piedra*. Y, el tercero, causa y consecuencia de los dos anteriores, siguiendo las propuestas de John Magdaleno (2004),¹⁵ Alfredo Ramos Jiménez (2002)¹⁶ y Maritza Montero (2002),¹⁷ el *clivaje simbólico* que el discurso y las prácticas políticas del proyecto bolivariano y de su conductor, el presidente Hugo Rafael Chávez, han traído consigo al seno de la sociedad venezolana.

3.1. El colapso del sistema de partidos

Es el más visible y contundente de los tres procesos-síntomas. Aunque todos lo veían venir con ferocidad desde la década de los ochenta, nadie pudo imaginar que la caída del sistema bipartidista iba a ser tan abrupta y demoledora. Es la razón por la cual algunos estudiosos hablan en sentido estricto no de *crisis* sino de *colapso* del sistema de partidos, término con el que se quiere caracterizar “una situación, excepcional para la mayoría de las naciones, en la que ocurre una desaparición casi total y el reemplazo de un sistema de partidos dominantes entre dos elecciones generales”¹⁸. Algo que, según Henry Dietz y David Myers, en América Latina sólo ha sucedido en Venezuela y Perú, pues “en prácticamente ningún otro lugar del mundo, desde la Alemania de Weimar, ha ocurrido una implosión de forma tan rápida y total”¹⁹.

Y, efectivamente, el colapso se hizo tangible en el transcurso de apenas dos elecciones generales. Es cierto que las señales tenían vieja data y que fueron in

crescendo con hechos como el triunfo por primera vez en 1989 de fuerzas “alternativas” a AD y COPEI - como el MAS y la CAUSA R, ambas viejas escisiones del antiguo Partido Comunista - en las elecciones directas de gobernaciones y alcaldías. Sin embargo, la primera evidencia contundente ocurrió en las elecciones de 1993 cuando triunfó una alianza electoral de numerosas fuerzas ocasionales o de poca monta, conocida despectivamente como “el chiripero”, que apoyaron a Rafael Caldera, viejo líder de la Cuarta República que había abandonado el propio partido que fundó.

Pero fue en las elecciones de 1998 en donde Chávez obtuvo su triunfo, cuando el bipartidismo recibió su toque mortal no solamente porque un *outsider* de la vida política venezolana obtuvo la presidencia, y porque lo hizo enfrentando y derrotando de manera aplastante a una alianza desesperada y de última hora de los dos grandes partidos tradicionales, sino porque la sumatoria del porcentaje obtenido por ambas organizaciones apenas si alcanzó el 11% luego de haber llegado a tener en elecciones anteriores poco más del 90%, tal y como ocurrió en las de 1983 y 1988 (ver gráfico 1).

De este modo el *sistema populista de conciliación*, como se conoce consensualmente el modelo político, estructurado a partir del llamado Pacto de Punto Fijo, había llegado a su fin. Para entender lo que esto significó hay que recordar que la democracia venezolana ha sido esencialmente una democracia de partidos que tuvo como soporte fundamental la riqueza petrolera, la cual, a su vez, posibilitaba (y posibilita) la existencia de un Estado fuerte e interventor en todos los campos de la vida social, incluyendo, de manera decisiva, el económico. Los partidos crearon la democracia y le transfirieron fortaleza, pero terminaron monopolizando la acción política convirtiéndose en los grandes instrumentos de redistribución de la renta petrolera, fenómeno que llevó a muchos autores a calificar la sociedad venezolana como un caso extremo de *partidocracia*²⁰ o de *partidarquía*²¹.

Que cayera el sistema de partidos significaba un verdadero cambio en la organización social y política venezolana, una reorganización del sistema de redistribución clientelar, una “readecuación” de la cultura política y de los hábitos electorales y, de manera muy especial, un cambio sustancial en lo modos de socialización en general y de socialización política en particular. La pista de despegue

“

Los partidos crearon la democracia y le transfirieron fortaleza, pero terminaron monopolizando la acción política convirtiéndose en los grandes instrumentos de redistribución de la renta petrolera, fenómeno que llevó a muchos autores a calificar la sociedad venezolana como un caso extremo de partidocracia

”

para un cambio inexorable había quedado inaugurada.

Dos procesos simultáneos habían ocurrido, de una parte lo que Valia Pereira²² llamó *desafección partidista*, y de la otra, la *espiral de deslegitimación*, según la terminología de Num²³, con la consecuente y ascendente pérdida de confianza en los gobiernos, en las instituciones, en los partidos y en sus líderes, que condujo a una gran frustración frente a las grandes expectativas creadas en torno a la posibilidad del futuro luminoso garantizado por la renta petrolera, un repliegue “defensivo” en la vida privada, e, incluso, el abandono de la creencia en la efectividad del voto para resolver los problemas colectivos, tal y como se expresa en los elevados niveles de abstención que comenzaron a registrarse a partir de 1993 (ver gráfico 2).

Apareció entonces la figura del *vo-tante frustrado*, un tipo de elector que, tal y como lo define Sonia González²⁴, desarrolla una conducta “aleatoria” como el resultado del hecho de que la opción seleccionada para obtener los mejores resultados, en este caso los partidos políticos tradicionales, dejan a partir de un momento dado de darle la respuesta favorable esperada.

Cuando Hugo Chávez aparece en la escena política como candidato electoral, la mesa ya estaba servida a favor de una candidatura anti-partidos tradicionales. Los dos rasgos que según Pereira²⁵ se habían constituido como secuela del derrumbe del partidismo –la profundización del fenómeno de la personalización de la política y el incremento de ambigüedades en la percepción democrática de los ciudadanos– ya habían echado a andar con el gobierno de Rafael Caldera, quien no sólo ganó las elecciones de 1993 con un proyecto no partidista en torno a su figura, y apoyado en una organización política creada de emergencia para la contienda electoral, sino a quien importantes sectores del país le pidieron que emprendiera una operación semejante a la que había realizado Fujimori en el Perú a través del autogolpe que le permitió disolver el Congreso. La ecuación estaba en marcha: a menor credibilidad en las instituciones partidistas mayor necesidad de imágenes fuertes personalistas. Comprensible, entonces, que al iniciarse la campaña electoral de 1998 el país se debate entre una ex Miss Universo, Irene Sáez y un teniente coronel ex Golpista, Hugo Rafael Chávez.

Chávez y su equipo entendieron rápidamente el escenario y entraron por la puerta grande del imaginario político nacional ofreciendo -a un público elector que deseaba “mano dura”, castigo a los partidos tradicionales, y en el que convivía paradójicamente una disposición favorable a la democracia con una aceptación de los golpes de Estado como posibilidad- lo que el mercado político reclamaba: cambios profundos, antipolítica, antipartidismo, antielitismo, todo soportado en su imagen de hombre fuerte, su profundo carisma y su inmensa capacidad de explicar la coyuntura política a través ideas sencillas, metáforas y parábolas emotivas, y juegos de oposiciones elementales y tan eficaces como efectivamente maniqueos. Lo dejó muy claro, desde el principio, en sus discursos pro-selitistas:

“Aquí hay dos opciones nada más: el continuismo y la corrupción, o la salvación de Venezuela. Delante de ustedes venezolanos tienen dos caminos nada más, dos opciones nada más. Y como dice la Biblia, que es muy sabia la palabra de Dios, no se puede estar con Dios y con el Diablo. Cada quien escoja su camino. Aquellos que quieran que Venezuela se siga hundiendo en el atraso, en la miseria, aquellos que quieren que a Venezuela se le sigan aplicando paquetes del neoli-

beralismo salvaje, aquellos que quieran que Venezuela termine de hundirse, entonces vayan a votar por los corruptos, que están todos unidos en torno al candidato Salas Römer. Ahora los que quieren que Venezuela salga de este laberinto tenebroso, los que quieren ver el nacimiento de una nueva república [...] los que quieren que en Venezuela reine la paz [...] todos los que quieren salvar a Venezuela, síganme, como dijo Jesús un día [...] dejad que los muertos entierren a sus muertos. Y vengan con nosotros a la vida, al futuro, a la esperanza, a la resurrección de un pueblo, a una patria nueva”²⁶

3.2. El quiebre de las identidades políticas tradicionales (o la crisis de las representaciones compartidas).

Si se acepta, como lo enseña muy bien la antropología política y los análisis del discurso aplicados a este campo, que la actividad política no es sólo un juego de estrategias objetivas y racionales desplegadas dentro de un marco institucional racional, sino que en ella entran dimensiones subjetivas y simbólicas que operan en la constitución de los actores y sus lógicas –en sus formas de *ver* y *cegar*, de *hablar* y *silenciar*, nos lo ha recordado Nelson Acosta²⁷ siguiendo a Deluze – es prudente entender la política también como un *sistema de significación* generador de *dispositivos simbólicos* que inciden en los procesos de formación de los actores y las culturas políticas.

Visto así, lo político es también un territorio de confrontaciones entre diversas lógicas y principios de *subjetivación* que intentan hegemonizar política y culturalmente una sociedad. Por lo tanto, y aquí seguimos literalmente al antropólogo Nelson Acosta, “la política, ... debe ser entendida también como la producción de *identidades estables en el tiempo* en cuyo escenario se desenvuelven públicamente los dispositivos simbólicos a partir de los cuales le damos forma y sentido a la experiencia”²⁸.

Desde esa perspectiva, la de la política como producción de identidades estables, podemos aislar el segundo gran proceso cultural que hace comprensible la polarización venezolana del presente: el quiebre de las identidades políticas tradicionales, o para decirlo de manera más amplia, la crisis de las representaciones compartidas en el tiempo que habían hecho posible la convivencia democrática tal y como la conocíamos, o como comenzó a consolidarse, a partir de los años cuarenta con el proyecto hegemónico de Acción

“

“La política, ... debe ser entendida también como la producción de identidades estables en el tiempo en cuyo escenario se desenvuelven públicamente los dispositivos simbólicos a partir de los cuales le damos forma y sentido a la experiencia”

”

Democrática y a tomar forma definitiva con el modelo democrático bipartidista inaugurado a partir de enero de 1958.

El mismo Acosta, pero también lo han hecho autores como Luis Ricardo Dávila²⁹ al estudiar los orígenes de la cultura política venezolana en su etapa democrática, ha subrayado la importancia que tuvo el proyecto por él denominado “adequidad” para la producción en Venezuela de identidades políticas estables.

De modo particular Acosta ha insistido en destacar el éxito que tuvo como mecanismo de *subjetivación* la fórmula ideológica mediante la cual se articuló en torno al proyecto político democratizador de Acción Democrática la reafirmación de lo popular-nacional como expresión de una voluntad colectiva de cambio social, de una parte, y la producción del “sujeto pueblo”, es decir, el reconocimiento de un papel protagónico de las masas en la constitución de lo público sin precedentes en la vida política anterior, de la otra. Ambas operaciones realizadas, además, en el marco de una idea de modernización del país y de su incorporación, en camino opuesto a lo que había sido el aislamiento propio de la dictadura *gomecista* y sus secuelas, a un imaginario y un mer-

cado internacional hecho posible por la renta petrolera.

Acción Democrática, a partir de sus propuestas populistas radicales de ese período inicial conocido como “el trienio” otorgó, al movimiento popular una imagen de sí mismo “inérita y unitaria” para decirlo en término de Acosta, y al país una idea del futuro, el pasado, el poder y la política que, sin diferencias significativas, fueron compartidas durante décadas por el resto del sistema político salvo los enclaves de la izquierda jacobina siempre electoralmente minoritarios o en la ultraderecha militarista mucho menos significativa porcentual y organizativamente y en términos de opinión pública.

No por casualidad esta organización reclutó el concurso de importantes creadores que, como es el caso de Rómulo Gallegos el autor de *Doña Bárbara*, la gran novela “fundacional” venezolana, y de Andrés Eloy Blanco, productor de una obra poética desde entonces expresión del mundo de las gentes “sencillas”, echaron las bases de una fundamental representación de la condición popular venezolana.

Pero esa identidad estable, la que soporta una relación permanente y resistente entre votantes y partidos políticos, fue disolviéndose ante los ojos de todos no solamente por el fracaso del bipartidismo en su ejecutoria pública sino por el impacto cultural que significó que la élite dirigente de ambos partidos fuera acercándose cada vez más al polo *cosmopolita, ilustrado y moderno* del país, el resultante de la etapa de ascenso social vivida entre los años 50 y 80, la minoría, mientras las mayorías nacionales se quedaban del lado del polo *empobrecido, menos ilustrado y culturalmente nacionalista, igualitarista, y tradicionalista*, además profundamente resentido con dicha élite por la que se sentía abandonado, soslayado y discriminado.

Es lo que hemos denominado, para ilustrarlo gráficamente, el síndrome de *La balsa de piedra* haciendo referencia a la novela del premio Nóbel portugués José Saramago que narra la manera como, a partir de una pequeña grieta que aparece en la frontera entre Francia y España y luego va ensanchándose paulatinamente, la península ibérica termina desprendiéndose del resto del continente europeo y comienza a flotar libremente, como una balsa, a través del Atlántico, alejándose cada vez más de la “tierra firme”.

Algo más o menos análogo ocurrió en la Venezuela de los años setenta, ochenta y noventa. El sector que ocupaba la balsa,

en nuestra metáfora el más numeroso del país -el mismo que había encontrado expresión e identidad en la *adequidad* y luego fue quedándose excluido al margen de los beneficios del mercado y del Estado- comenzó a alejarse de las imágenes y creencias aparentemente compartidas por todos según el modelo policlasista sobre el que se había instituido la democracia. Mientras el otro, minoritario, menos castigado por las carencias, se fue quedando en la tierra firme de las viejas certezas creyendo seguramente que el modo de vida que defiende, pregonaba y asume como democrático y libre tenía el mismo significado tanto para los de tierra firme como para el grupo que viajaba en la balsa interior. Pero no era así.

Un abismo profundo había surgido, una distancia crucial, que fue invisibilizando mutuamente a ambos grupos, uno del otro, porque incluso ambos se fueron distanciando físicamente gracias al hecho de que el fracaso de lo público fue reclusivo defensivamente a las clases medias y altas en los territorios de la educación, la salud, la recreación e, incluso, la seguridad de índole privada dejando los servicios de índole público como una condena para aquellos que, por razones económicas, no tenían otra opción.

Dos imaginarios paralelos fracturaron el país, uno, moderno, racional y cosmopolita, convencido de la idea de menos Estado y más mercado, o por lo menos, para usar un lugar común, de “tanto mercado como sea posible y tanto Estado como sea necesario” y en la propuesta de perfeccionamiento de la democracia y reforzamiento de la ciudadanía y otro, de “modernidad periférica” en el sentido del término utilizado por Brunner³⁰, (para no decir “premoderno” que tiene connotaciones fuertemente europocéntricas) emotivo, melodramático, nacionalista, redentorista, anclado en el sueño de la capacidad redistributiva de un Estado que aún supone rico, en la idea de que la pobreza existe porque una minoría se apropió y se apropia aún de la riqueza colectiva, y en el desencanto con las instituciones cuya confianza perdida transfiere a un liderazgo personal que retome el orden y le redima de su impotencia terrenal.

Pero en realidad, y esta es otra hipótesis a explorar, el discurso ahora dominante hace suponer que no estamos ante un cambio profundo en los supuestos básicos de la cultura política de los sectores mayoritarios. No se trata de una renovación ideológica mediante la cual los sectores de menos recursos se han desecho

“

No se trata de una renovación ideológica mediante la cual los sectores de menos recursos se han desecho del entrenamiento en los esquemas de los discurso populistas, las prácticas clientelares y la vocación paternalista con el que aprendieron por décadas a relacionarse con el poder

”

del entrenamiento en los esquemas de los discurso populistas, las prácticas clientelares y la vocación paternalista con el que aprendieron por décadas a relacionarse con el poder.

Lo que parece haber ocurrido es la apropiación, actualización y focalización de esas premisas para convertir aquello que el discurso político “renovador” de las élites liberales de izquierda y de derecha percibe como una anacronía -la tríada populismo-estatismo-mesianismo- en discurso a las vez renovado y renovador, y en nuevo cemento ideológico puesto ahora al servicio de un proyecto centrado en la reivindicación de los excluidos y, por tanto, en ruptura con el policlasismo de la identidad anterior, y en la inserción -más emotiva que efectiva- de las claves del imaginario nacional de los héroes de la independencia, continental de los revolucionarios socialistas y universal de los soñadores y utopistas en donde se mezclan por igual Bolívar, el Che Guevara, Jesucristo y Don Quijote.

De esta manera el clientelismo de décadas trasmuta en justicia social e igualitarismo del presente; el populismo instalado en la memoria afectiva del colectivo, en reconocimiento político de los pobres

y excluidos, en aspiración “socialista” y; el caudillismo que acompaña a la república desde su fundación, en personalización necesaria de una figura predestinada como encarnación de los grandes libertadores.

Se puede pensar, y habría que estudiarlo aún más, que el discurso de la “adequidad” no fue entonces plenamente sustituido o enterrado sino que ha sido objeto de un proceso de “reciclaje” (de resemantización diría un semiólogo) de modo que siguiera dando dividendos pero a las nuevas cuentas políticas del proyecto bolivariano.

Lo cierto es que aquel discurso “popular” ya no le perteneció más al bipartidismo. Ya sea porque el discurso liberal y tecnocrático por el que comenzó a cursar el imaginario político de los dirigentes de AD y COPEI minó su base propositiva, el populismo igualitario. Ya porque luego de largas décadas de prácticas de exclusión a los sectores mayoritarios un discurso “popular” resultaba poco creíble en sus labios. En cualquier caso aquel discurso se fue quedando sin sacerdotes, sin nadie que lo oficiara de manera eficiente, y sobre sus ruinas, convertidas en cimientos -en el sentido arquitectónico del término- el proyecto bolivariano ha edificado el suyo teniendo como telón de fondo con un fresco salpicado de héroes y batallas ya dadas o por dar; campesinos, indígenas y pobres irredentos; militares salvadores de la patria, todos marchando con el “comandante” al frente hacia la victoria final.

A manera de ilustración puede decirse que hay a la vez continuidad y ruptura entre el discurso popular de la “adequidad” y el discurso bolivariano-chavista. Continuidad en los elementos de articulación entre proyecto político y cultura nacional popular, entre la enseñanza del pueblo como protagonista y destino del actuar político, entre las estéticas de Andrés Bello y la de Alí Primera, y ruptura en la base del discurso policlasista de la adecuación en oposición al discurso clasista y la promoción del odio de clases del discurso chavista, entre el imaginario nacional de la revolución de la adecuación y el imaginario internacional y latinoamericano del chavismo, entre el imaginario civilista del primero y el imaginario cívico militar del segundo.

La racionalidad tecnocrática y la abstracción liberal castigaron doblemente la tradición “popular” en nuestra política. De una parte al eliminar del discurso la figura concreta de los pobres en tanto con-

creción personal y representación humana (“grupos de alta fragilidad” se les llamaba eufemística-tecnocráticamente en el gobierno de Pérez) y de la otra, al castigarle en el plano económico con el conjunto de reformas, es decir, de restricciones sin compensación visible, que la gente común no podía comprender.

Además, el cambio en la lógica del Estado, la disminución de su capacidad de operar y redistribuir, hizo que el discurso del bipartidismo se fuese haciendo cada vez menos populista y redentor y cada vez más tecnocrático y abstracto. No por casualidad, el último discurso de gobierno bipartidista, el de las reformas neoliberales, ha sido también el último tiempo de conexión entre electores y partido.

La identidad política se había quebrado y una nueva cultura política ha comenzado a forjarse incluyendo elementos decisivos de re-inclusión de los sectores populares en términos análogos a los de la primera “adequidad”, y otros absolutamente nuevos, pero latentes en la experiencia social venezolana, como el odio de clases, el resentimiento social, la inclusión de la etnia y la raza como factores de la pugna política. Es allí donde el nuevo discurso político se convierte en factor de ruptura y genera el combustible decisivo de la polarización: el clivaje simbólico.

3.3. El clivaje simbólico.

Es el tercer factor al que recurrimos para explicar el peso cultural del proceso de polarización venezolano del presente. El concepto de *clivaje* es utilizado en la etnografía para referirse a un tipo de *inflexión social* que marca el distanciamiento o, mejor aún, la disyunción entre las partes de un mismo sistema social o en el interior mismo de la relación que las vincula, ya sea que estemos hablando de un grupo o un país. Esa disyunción, como lo han explicado Briones-Cordeu-Oliveria y Sifreddi³¹, “se objetiva en accesos sectorialmente diferenciados a los bienes, servicios, y significados que el principio de disgregación activado (sea étnico, de clase, cívico, racial, religioso, etc.) pone en disputa”.

La idea de *clivaje simbólico* se refiere por tanto a la disyunción objetiva en los accesos “sectorialmente diferenciados” a los *significados*, generando en el colectivo donde ocurre una profunda división en las representaciones sociales de sus miembros produciendo lo que John Magdaleno³² ha denominado “la existencia de al menos dos visiones contrapues-

“

La identidad política se había quebrado y una nueva cultura política ha comenzado a forjarse incluyendo elementos decisivos de re-inclusión de los sectores populares en términos análogos a los de la primera “adequidad”

”

tas acerca del pasado, presente y futuro de la sociedad”.

Donde hay *clivajes simbólicos* profundos existe una opinión pública radicalmente fracturada tanto en la forma como en los miembros de ese colectivo interpretan sus experiencias y realizan sus juicios en relación a los principales asuntos públicos, como en la manera en que terminan orientando sus posiciones y comportamientos políticos frente a ellos.

En la coyuntura actual venezolana, la polarización y el conjunto de manifestaciones externas que la acompañan son el conjunto de *síntomas* y el *clivaje simbólico*, la enfermedad. La hipótesis razonable, si tomamos como el momento más álgido de la confrontación el período que va de diciembre del 2001 a agosto de 2004, sería que dicho *clivaje simbólico* es la resultante del efecto catalizador que el *tipo de liderazgo*, el *discurso político* y las *prácticas políticas neautoritarias* de Hugo Chávez y su régimen han ejercido sobre la fractura –el síndrome de *La balsa de piedra*– previamente existente en la sociedad venezolana.

El tipo de liderazgo. La manera como el teniente coronel Hugo Chávez comenzó a ejercer a un mismo tiempo el rol de pre-

sidente de la república, el de máximo líder del Movimiento V República y la alianza política que lo apoya, y el de juez máximo y único de todo cuanto acontecía en el país, se convirtió en el primer *principio de disgregación* simbólica del presente.

Durante un primer período, de encantamiento general, en el ejercicio de la presidencia se anunció primero como una figura de cambio en conciliación –lo que le llevó a índices de popularidad cercanos al 80%– para cambiar luego a presentarse como representante de un poder que ya definimos como “innovador, popular mesiánico y revolucionario, desarticulador de todo lo creado por la democracia anterior y articulador de un orden absolutamente nuevo”. En ese tránsito, su verbo se radicalizó, la tregua que pareció significar la llegada al poder por la vía electoral cesó, y el surgimiento de los primeros síntomas de oposición parecieron desatar una estrategia de pugnacidad que le condujo no sólo a una caída estrepitosa de popularidad –de la cual se recuperaría posteriormente– sino a la más grande confrontación que el país haya tenido con una figura personal al frente de la presidencia.

La capacidad y omnipresencia mediática de Chávez; el hecho de haberse convertido además de jefe del Ejecutivo de los gobiernos locales, la Asamblea Nacional, el poder Moral y el Consejo Nacional Electoral; la evidente voluntad de encarnar un liderazgo personal centrado en su carisma; la operación ideológica de declararse expresión directa del pueblo, ápice de la triangulación ejército-pueblo-caudillo, tal y como la había definido Norberto Ceresole, sociólogo argentino, ex asesor de los “carapintada”, junto a la fascinación reiterada por figuras como Fidel Castro, Sadam Hussein, Carlos “El Chacal”; la tentación de aparecer con cierta frecuencia ataviado con uniformes militares en los actos públicos a pesar de ser, de hecho, un militar retirado por delito de rebelión, rompiendo así con una larga tradición civilista en el ejercicio de los presidentes electos, dividió en dos los afectos y opiniones del país como ninguna otra figura lo había hecho en democracia.

El liderazgo de Chávez, el primer gran clivaje simbólico, ha sido vivido por un sector del país –especialmente por los más pobres y excluidos, que encontraban en su presencia reconocimiento a través de la voz y el hombre fuerte, capaz de sacrificarse por cumplir sus promesas, y por la izquierda marxista tradicionalmente pro cubana o ideológicamente cercana a ella, con entusiasmo febril. Otro sector, en

donde predominan las clases medias urbanas, tanto las democráticas como la de disposición al autoritarismo, lo ha visto en cambio como un retroceso, como una figura militar, decimonónica, estafalaria-mente retórica que recordaba precisamente aquello de lo que la democracia venezolana quería salir de una vez por todas, el populismo, el personalismo, el militarismo, el estatismo y el clientelismo. A lo que hay que agregarle la posición de algunos sectores más conservadores y de derechas que encontraban en su presencia la amenaza del castro-comunismo y de los vínculos terroristas con Sadam Hussein, la guerrilla colombiana y el gobierno de Gadafi.

Para ilustrarlo en la vida cotidiana, a partir de entonces, de acuerdo a los acontecimientos, en un mismo hogar las lágrimas de tristeza y amargura de uno de sus miembros por la salida de Chávez del poder gracias al golpe del 11 de abril, se convertían dos días después, en los ojos de otro, en lágrimas de ira y desilusión ante el regreso inminente de “el caudillo” al palacio de Miraflores el día 13. Lo que a sus seguidores les produce gracia y simpatía, por ejemplo, cierto tipo de desplantes sexuales hacia su esposa o sus enemigos políticos, causa irritación entre quienes se le oponen y ven en el gesto una prueba de vulgaridad, machismo y degradación de la investidura presidencial.

Lo que muchos estudiosos latinoamericanos, entre ellos Fernando Mires³³, habían advertido como una de las amenazas a la democracia en la región, la personificación extrema del poder, se había instalado en Venezuela con sus tres consecuencias más visibles. El peligro de convertir a la persona-caudillo-líder en el único elemento político de diferenciación, condensando en torno a su persona todo el debate de la sociedad, empobreciendo ideológicamente por igual a seguidores y opositores. El peligro de sustitución de toda mediación institucional en la medida en que el caudillo-líder se presenta a sí mismo como encarnación directa de la voluntad popular o de una esencia supra-histórica —en este caso la herencia directa de los próceres de la independencia— que le precede, frenando así toda posibilidad de desarrollo institucional de movimientos políticos de participación democrática. Y, el más grave de todos, la tentación, de parte del líder-caudillo de caer en lo que ha llamado Mires “excesos representativos” y “fantasías omnipotentes” que le conducen a “hablar mucho más de lo que es necesario”, a “abusar del tiempo

“

De acuerdo a los acontecimientos, en un mismo hogar las lágrimas de tristeza y amargura de uno de sus miembros por la salida de Chávez del poder gracias al golpe del 11 de abril, se convertían dos días después, en los ojos de otro, en lágrimas de ira y desilusión ante el regreso inminente de “el caudillo” al palacio de Miraflores el día 13

”

de los ciudadanos”, “hacer sus discursos cada vez más emocionales, abandonando el lenguaje de la discusión sustituyéndolo por la invectiva y la descalificación” hasta que poco a poco “la lógica argumentativa será reemplazada por gritos y signos mágicos, y las multitudes en las calles se dejarán llevar más por la uniformidad de los colores de la banderas, camisas o boinas, o por la rima de las consignas gritadas a coro que por sus intereses e ideales”.

Este proceso magníficamente descrito por Mires, suficientemente conocido por su recurrencia en América latina, termina convirtiéndose en un círculo vicioso que retroalimenta la práctica de odio y amor extremos por la persona-caudillo y en el elemento fundamental que exacerba el clivaje simbólico hasta la emocionalidad irracional.

El discurso político. Es el núcleo fundamental del *clivaje simbólico*, en torno al cual se articula la gran fractura de las representaciones compartidas y, sin duda alguna, el gran factor de éxito coyuntural del proyecto bolivariano en su capacidad para reclutar el apoyo incondicional de un amplio sector de la población.

Al respecto los estudios de opinión, tanto cualitativos como cuantitativos, de-

muestran las diferencias existentes entre los grados de satisfacción con la gestión de gobierno (en muchas áreas bastantes bajos), y los de adhesión y apoyo a Chávez y su equipo, tendencialmente altos, persistentes y mayoritarios. Lo que ha llevado a concluir que a diferencia de períodos anteriores en los cuáles las *gratificaciones instrumentales* eran decisivas para mantener el apoyo de los ciudadanos a la gestión gubernamental, en el presente aunque estas existen masivamente a través de diversos mecanismos, especialmente a través de los operativos de emergencia conocidos como *misiones*, gratificaciones de otra naturaleza, incentivos de reconocimiento simbólico, se han convertido en la fuente mayor del apoyo popular que durante cinco años de gobierno ha oscilado entre el 30% como cota baja y el 70% como referencia máxima.

Aunque los datos muestran que en estos seis años el país se ha empobrecido aún más, domina una economía recesiva, las tasas de desempleo han alcanzado índices antes desconocidos, el PIB ha caído tanto como para que Venezuela, sólo junto a Haití, sea uno de los dos países latinoamericanos que en el 2003 no lograron ningún avance significativo en lo que al logro de las metas del milenio acordadas por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) se refiere, el apoyo popular ha sido persistente.

Sin subestimar el papel que las *misiones* han jugado como mecanismo de redistribución de dinero directo y de ampliación de posibilidades de asistencia médica y acceso al estudio y otros derechos sociales a amplios sectores de la población, la explicación de este apoyo hay que buscarlo en la eficiencia de lo que John Magdaleno ha calificado como los tres incentivos que para algunos segmentos del población provee el discurso político de Chávez y su equipo: primero, un conjunto de *mitos y símbolos* que permiten una explicación alternativa del mundo real, segundo, un *conjunto de creencias* que funciona como una ideología, y; tercero, un conjunto de *gratificaciones simbólicas y emocionales* orientadas a los pobres que satisfacen la demanda de mayor inclusión política y reconocimiento social.

Nociones como la de *poder del pueblo*, *democracia protagónica* y *participativa*, la restauración de la idea de que Venezuela es un país rico y las mayorías son pobres porque una minoría monopoliza la riqueza; propuestas emocionales del tipo “por la revolución todo, contra la revolución nada”, proclamas sacrificales

del tipo “si es necesario entregaré mi vida para servir al pueblo”; exhortaciones en contra de los beneficios y ostentaciones de la clases media estigmatizadas como “pecados”: tener carro, aire acondicionado, tomar whisky; le han servido al proyecto bolivariano-chavista para promover el odio de clase y la esperanza de inclusión, redención y venganza contra quienes estaban incluidos en los que la amenaza violencia y el amedrentamiento son parte vital de discurso.

Pero esas misma lógicas que le generan éxito en un sector, son el punto de partida para el rechazo y la disidencia activa del otro que siente una “exclusión a la inversa” en el discurso clasista, apocalíptico, pugnaz, sarcástico del presidente Chávez que tiende a colocar, por razones morales, fuera de la comunidad política a todo aquel que le adversa.

Las prácticas y las culturas políticas. Es el tercer componente del clivaje simbólico y remite a las divergencias en la manera de ejercer el poder político y de entender el significado de la legalidad y la institucionalidad democrática. Desde que la polarización como fenómeno se hizo presente en el país, la tentación a recurrir a prácticas antidemocráticas y a usos “ilegales” de la protesta pública y el uso de la fuerza para intentar acceder al poder o reprimir la disidencia ha sido una fuente permanente de disyunción.

Para los sectores de oposición –insistiendo en recordar que ésta no es un bloque sino una confluencia de perspectivas ideológicas diversas- ha sido una fuente de rechazo desde antes del inicio del gobierno por las acciones inconstitucionales como el intento del golpe de Estado de 1992 y una vez que éste comenzó las prácticas de violencia callejera utilizadas por el sector oficial para amedrentar y castigar a los sectores opositores. También lo han sido los métodos impositivos utilizados en la Asamblea Nacional para aprobar con mayoría simple, leyes y decretos de alto interés nacional que en cualquier país requieren de una representatividad mayor; el apoyo explícito y la promoción de la invasión de tierras y edificios de propiedad privada; el acoso violento contra periodistas y sedes de medios; y, lo más importante, la suspensión de la autonomía de poderes y el uso del jueces y tribunales como instrumento de persecución e intimidación política, por sólo citar algunos ejemplos.

Para los del gobierno, el objeto de condena, que ha servido además de gran justificativo para una masiva persecución ju-

“

Pero esas misma lógicas que le generan éxito en un sector, son el punto de partida para el rechazo y la disidencia activa del otro que siente una “exclusión a la inversa” en el discurso clasista, apocalíptico, pugnaz, sarcástico del presidente Chávez que tiende a colocar, por razones morales, fuera de la comunidad política a todo aquel que le adversa

”

dicial y laboral posterior, lo han sido los métodos violentos de la oposición en los sucesos de abril de 2002, que incluyen un atípico intento de golpe de Estado; el Paro Nacional convocado a final del mismo año para exigir la salida del presidente, incluyendo la paralización de la industria petrolera, la principal fuente de ingresos del país; las prácticas de violencia callejera conocidas como La Guarimba, convocada por sectores ultraderechistas de la oposición como protesta a lo que suponen algunos fue un fraude en el referendo revocatorio del 2004.

Estas divergencias que hacen de la ética una especie de goma elástica que cada grupo estira de acuerdo a sus urgencias e intereses, son la evidencia de uno de los puntos alrededor de los cuales existe mayor acuerdo entre los estudios venezolanos sobre el tema: el carácter “contradictorio”, “complejo” y “altamente segmentado” de la cultura política venezolana.

En prácticamente todos los estudios realizados en el período democrático el tema es resaltante, especialmente en tres de ellos que han adquirido un gran valor referencial - Baloyra/Martz (encuesta en 1973), Villarroel (encuesta en 2001) y Vargas/Reverón (encuesta en 2003)- de

cuya saga se puede concluir que dicho carácter contradictorio no ha hecho otra cosa que aumentar en los veinte años que separan el primer estudio del ulterior.

El factor que genera mayores contradicciones es precisamente el relativo a la contraposición existente entre lo que se ha denominado una cultura política del autoritarismo y otra de la democracia o, para decirlo de una manera menos tajante, entre la disposición de los ciudadanos a apoyar opciones y prácticas autoritarias en caso de que éstas sean una necesidad o, en la acera opuesta, su condena tajante como forma de negación de la democracia (Véase gráfico 2).

Los tres estudios coinciden en ratificar la tendencia. En el de Vargas y Reverón, el más reciente, el 35 % de los venezolanos están dispuestos a apoyar una opción autoritaria si con ello se resuelven los problemas económicos y sociales. En su muestra de 1993, Villarroel encuentra una proporción aún mayor, 49% que está dispuesto a aceptar un golpe de Estado y 42% que lo condenan abiertamente. Y Baloyra y Martz, a pesar de haber aplicado la suya en tiempos menos conflictivos, encontraron en 1973 “que después de catorce años de democracia y tres elecciones sucesivas, la mitad de los venezolanos justificaba golpes militares y uno de cada cuatro sostenía que el golpe contra el presidente Allende en Chile había sido necesario” (Welsch, 2004).

El examen del imaginario político a través del estudio de las representaciones realizado por Villarroel conduce a establecer la división entre dos grandes grupos: uno, que valora positivamente la democracia, rechaza el autoritarismo, tiene confianza en las instituciones y se fía del sistema político (aunque tenga severas críticas hacia él) y otro que desconfía, es antipartidista, está insatisfecho, es pro autoritario y mantiene una ambigüedad valorativa con la democracia con falta de entusiasmo. Este último grupo alcanzaba un 40% para 1993.

Otro factor que contribuye grandemente a acrecentar el carácter “contradictorio” de la cultura política venezolana y la agudización de las opciones polarizadas lo constituye el hecho paradójico de que si bien la democracia es una valor absoluto para la mayoría de los venezolanos –expresado por igual en los estudios cualitativos y cuantitativos- las maneras como la misma es interpretada, valorada y ejercida varían grandemente de un grupo social a otro y, también, de un período a otro.

Un grupo le da un mayor peso a los aspectos de la *democracia como método*, esto es, como conjunto de instituciones y normas –separación de poderes, control social de los gobernantes, elecciones libres, alternabilidad-; mientras que el otro privilegia la idea de la *democracia como medio* –la “justicia social, la felicidad de las gentes, el reconocimiento de los sectores populares, la satisfacción de las demandas y aspiraciones sociales”- no importa cuáles sean los mecanismos para lograrlo.

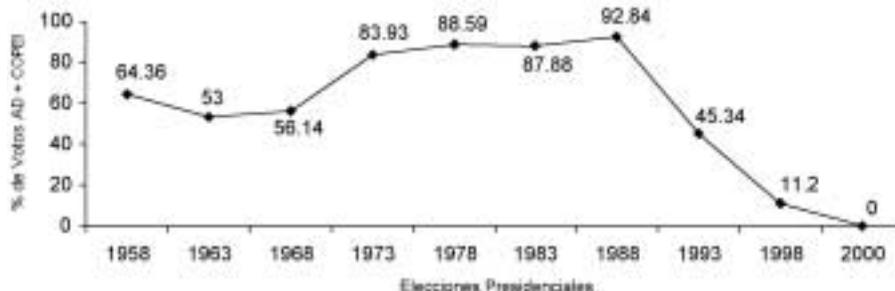
En síntesis, la polarización política venezolana puede verse, en conclusión, como el resultado de la existencia de un *clivaje simbólico* (Magdaleno, 2004, p.181) generado por la emergencia del discurso “chavista” cuya consecuencia ha sido la división de opiniones y actitudes políticas del venezolanos enfrentando dos visiones del poder, la democracia, el liderazgo, la participación, la justicia y la propia historia patria a través de dos movimientos. Uno, el conducido por el liderazgo mesiánico del presidente Chávez, destinado a la construcción de una nueva identidad política, incluso, de una nueva ideología que sustituya y entierre para siempre la que sirvió de base al pasado democrático venezolano (¿una contramodernidad?). Y, otro, hecho de retazos, fragmentos, construcciones mediáticas, ideas modernas e ilustradas que le sirve hasta ahora a las variadas opciones de la oposición que oscilan desde discursos de ultraderecha furiosamente opuestos al cambio hasta formas más contemporáneas de comprensión de la democracia en su sentido modernos de autonomía de poderes, respeto a las minorías, transparencia administrativa, liderazgo no personal pero con altas responsabilidades *en asunto de equidad, justicia social y necesidad de reconocimiento y participación de los sectores excluidos.*

A MANERA DE CONCLUSIÓN.

La confrontación como dilema cultural: de la partidocracia ilusionada de armonía al neautoritarismo popular empecinado en la confrontación.

Desde la perspectiva cultural –de la cultura política y la construcción de subjetividades -, los nuevos fenómenos simbólicos y culturales que la polarización política y social ha traído consigo, parecen confirmar la tesis de que el país se halla en frente de un proceso de un continuo de *debilitamiento de los vínculos so-*

Gráfico 1
% VOTOS AD + COPEI ELECCIONES PRESIDENCIALES



Elaboración propia.
Fuente: Consejo Nacional Electoral (CNE).

ciales expresado en un proceso de *fragmentación social* y *polarización política* que torna difícil la convivencia democrática e impide la conformación de una idea de futuro compartido por la mayoría la población.

Haciendo un resumen arbitrario podemos detectar seis procesos como causa y consecuencia de esta situación de debilitamiento de vínculos y fragmentación social:

la conversión del conflicto político en conflicto étnico y de clase puesto en escena como gramática de guerra;

el quiebre de las identidades estables y las filiaciones políticas básicas sobre las cuales se edificó el actual sistema político democrático y la fractura de los imaginarios que funcionaban como cemento ideológico de los colectivos sociales;

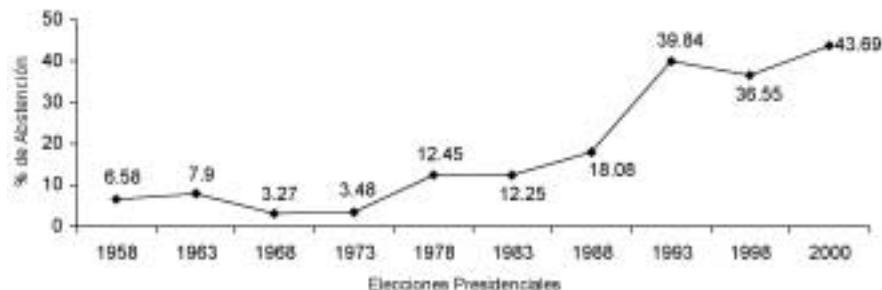
la “eclosión” de los viejos traumas y mitologías no resueltos de la herencia de la sociedad colonial ni de las largas fases bélicas y dictatoriales de la república que se suponían desaparecidos o al menos fuertemente aminorados luego de cuatro décadas de cultura democrática;

el forcejeo entre culturas políticas diferentes o entre fragmentos de varias culturas políticas optando por encontrar nuevas hegemonías y formas de equilibrio en un nuevo marco ciudadano signado por la polarización.

el desacuerdo simbólico y las fracturas colectivas en las maneras de evaluar el pasado y percibir el futuro y *valorar-rechazar* un tipo particular de modernización;

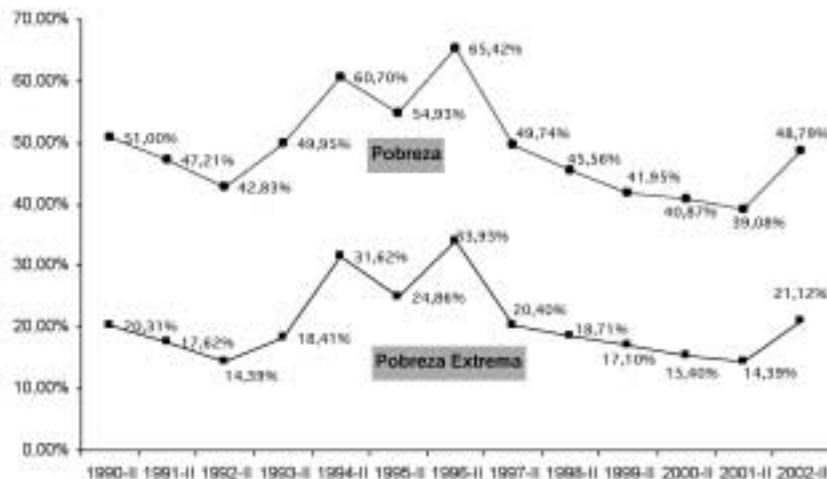
La expresión política de este “forcejeo de imaginarios” la encontramos en una transición que nos ha llevado del agotamiento de un modelo de democracia representativa sustentada en el ejercicio de la partidocracia o partidarquía, cuya estrategia de convivencia estuvo basada en lo que se ha denominado *la ilusión de armonía*, a un modelo en ciernes, que calificamos como neautoritarismo popular, sustentado en la práctica una “voluntad de no convivir”, que ha hecho de la confrontación su modelo ideal de ejercicio del poder y preservación de la cohesión interna de su grupo de apoyo.

Gráfico 2
ABSTENCIÓN ELECCIONES PRESIDENCIALES



Elaboración propia.
Fuente: Consejo Nacional Electoral (CNE).

Gráfico3
INCIDENCIA POBREZA VS. POBREZA EXTREMA. II SEMESTRES
AÑOS 1990 – 2002.



Fuente: Molina Emiro (2004): Reporte sobre las metas del milenio. PNUD-Venezuela.

Lo que esta particular transición ha puesto en el tapete ha puesto es la existencia de profundas dificultades en la cultura política de los venezolanos para construir relaciones e instituciones sociales democráticas. Es lo que explica que el intento de superación de la *partidocracia* se halla realizado a través de una nueva *captura de la institucionalidad*, pero esta vez realizada no a través de un sistema de partidos tradicionales sino de un tipo de alianza entre movimientos políticos civiles, estamento militar politizado y organizaciones populares de base configurada alrededor de la figura de un *presidente personal*.

La gramática de tierra arrasada puesta en práctica por el grupo en el poder en la suspensión de la autonomía de los poderes públicos; la condena con visos de supremacía moral de toda forma de disidencia; el proceso de militarización de la sociedad –tanto en el discurso político que convierte las elecciones en “batallas” y los militantes en “lanceros” como en la carrera armamentista y la generalización de un clima bélico contra los Estados Unidos–, entre otros síntomas, nos permite hablar de neautoritarismo popular. *Neautoritarismo* para designar un modelo político que se propone el control absoluto del poder y la sociedad pero construido no a través del esquema clásico de las dictaduras militares tradicionales de la América Latina sino a través de formas de captura institucional que implican la suspensión de principio básico de la autonomía de poderes y el control paulatino según el esquema militar de

todas las organizaciones y redes sociales autónomas. *Popular* para designar el hecho de que el neautoritarismo se sustenta en la interpelación del pueblo soberano como razón primer y última del proceso, como única fuente de la verdad cuya esencia es representada directamente sin mediaciones por el líder mayor expresión auténtica y automática de aquella voluntad colectiva.

Si la partidocracia se esmeraba comprar la paz tratando de satisfacer no importaba a qué costos las demandas de sus diferentes grupos-clientes, el neautoritarismo popular se esmera en “comprar” la fidelidad de su base de apoyo tratando de satisfacer sus necesidades de reconocimiento al costo de mantenerla emocionalmente encendida en una confrontación permanente contra los enemigos que impiden el arribo de la nueva sociedad, el nuevo venezolano, la nueva humanidad. Habría que preguntarse si tenía razón el filósofo franco-belga Tzvetan Todorov cuando en su libro *Memoria del mal, tentación del bien* sostenía que “Independientemente de que se haya tomado el poder de manera pacífica (como lo hizo Hitler, a diferencia de Lenin y Mussolini), el proyecto de crear una sociedad nueva, habitada por hombres nuevos, de resolver todos los problemas de una vez por todas, un proyecto cuya realización necesita una revolución, se mantiene en todos los países totalitarios”

■ **Tulio Hernández**
Sociólogo. Articulista
de El Nacional.

Referencias bibliográficas.

- Coronil, Fernando. 2002. *El estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: Nueva sociedad.
- Dávila, Luis Ricardo:1996. *Venezuela: la formación de las identidades políticas. El caso del discurso nacionalista (1920.1945)*. Mérida: universidad de los Andes
- Dietz, Henry y Myers, David. 2002. “El proceso de colapso del sistema de partidos: una comparación entre Perú y Venezuela”. En *Cuadernos del Cendes*, N°50: 1-33
- González Fuentes, Sonia. 2003. “Desconfianza política: el colapso del sistema de partidos en Venezuela”. En Cornejo, R. (ed.), *Los intersticios de la democracia. Participación política y transiciones en Asia, África y América Latina*. México: Editorial del Colegio de México.
- García-Guadilla, María Pilar: “POLITIZACIÓN Y POLARIZACIÓN DE LA SOCIEDAD CIVIL VENEZOLANA: LAS DOS CARAS FRENTE A LA DEMOCRACIA”. Ponencia presentada en el XXIV International Congress (2003 meeting) of the Latin American Studies Association, Dallas, Texas, March 27-29, 2003. Universidad Simón Bolívar, Venezuela
- Hernández, Tulio. 1993. “La cultura de la violencia en Venezuela”. En Autores Varios, *La violencia en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila editores.
- Hernández, Tulio. 2004. “La polarización desde la perspectiva de la cultura: imaginarios, valores y cultura política”. Ponencia presentada al seminario “Valores y cultura política del venezolano”. PNUD, Caracas, 6 y 7 de mayor de 2004 (mimeo)
- Hernández, Tulio. 2004. “La otra inclusión”. En Ramírez Ribes, María (Comp.): *¿Cabemos todos? Los desafíos de la inclusión*, Caracas: Club de Roma. Capítulo Venezuela.
- Magdaleno, John. 2004. “El discurso político del presidente Chávez y su impacto en la opinión pública”. En Ramírez Ribes, María (Comp.): *¿Cabemos todos? Los desafíos de la inclusión*, Caracas: Club de Roma. Capítulo Venezuela.
- Maingón, Tahís. 2002. “Comportamiento político-electoral del venezolano y construcción de tendencias:1998 y 200”. *Cuadernos del CENDES*, N° 49: 79-86
- McCoy, Jennifer. 1999. “Chavez and the end of ‘Partyarchy’ in Venezuela”. En *Journal of democracy*, 10, 3:64-77
- Mariás, Julián. 2002. “La guerra civil ¿cómo pudo ocurrir?”. En *Ser español. Ideas y creencias en el mundo hispánico*. Madrid: Planeta.
- Ramos Jiménez, Alfredo. 2002. “Los límites del liderazgo plebiscitario. El fenómeno Chávez en perspectiva comparada”. En Ramos Jiménez A. (ED.): *La transición venezolana. Aproximación al fenómeno Chávez*, Mérida: Centro de Investigaciones comparada-Universidad de los Andes.
- Simne, Petruska. 2004. *Periodistas en la mira*. Caracas: Alfadil editores.
- Citas**
- ¹ Entendemos por *polarización política* la concentración fanática de los miembros de una sociedad en dos opciones –aparentemente irreconciliables– del ejercicio del poder y la política que genera una gran emocionalidad, convierte al contendor en enemigo, negándole el derecho a formar parte de la misma comunidad, conduce a la primacía de lo político sobre todas las demás áreas de la existencia humana, produce formas automáticas y mecánicas de asociación, exclusión y rechazo basadas en la pertenencia a uno de los dos polos, y suscita un alto grado de conflictividad y debate

constante incluso en los espacios más neutros –la iglesia, la escuela, el club– sin que existan opciones intermedias que maten la radicalidad de las propuestas. La polarización desata, entonces, modos de percepción simplificados, prejuiciados y estereotipados que viciosamente restringen la posibilidad del diálogo. (Hernández, Tulio: “La polarización desde la perspectiva de la cultura: imaginarios, valores y cultura política”. p.2)

- 2 Seis grandes puntos de inflexión fueron echando por el piso aquel cuerpo de certezas compartidas por la mayoría. Fuera del período del que se ocupa este ensayo, unos años antes, en 1983, el anuncio de la primera gran devaluación del bolívar, conocido como el “Viernes negro”, había hecho que el país descubriera de improviso que su moneda, y por tanto su economía, no era tan fuerte y estable como se creía. El fenómeno de insurrección popular ya mencionado, El Caracazo ocurrido en 1989, con un costo de 260 vidas según las cifras oficiales y casi 500 según las organizaciones de derechos humanos, hizo que la idea de pertenecer a un país consensual y pacífico en lo que a sus prácticas políticas se refiere, también se hiciera trizas sin contemplación.

Los dos intentos, por suerte fallidos, de golpes de Estado perpetrados en febrero y noviembre de 1992, uno de ellos capitaneado por el entonces teniente coronel Hugo Rafael Chávez, hoy Presidente de la República, rompieron la vidriera de la democracia idílica e hicieron que varias generaciones de venezolanos entendiéramos que algo oscuro se tejía en los cuarteles y que también nosotros, y no sólo el Cono Sur y Centroamérica, estábamos expuestos a la posibilidad de un resquebrajamiento del orden democrático y al asalto de una dictadura militar.

La destitución en 1993 por primera vez en nuestra historia democrática de un presidente electo, Carlos Andrés Pérez, el mismo que años atrás había sido un héroe carismático, realizada a través de una componenda jurídica producto de un arreglo político entre élites auspiciado entre otros por altos dirigentes de su propio partido, terminó de convencernos de la profunda crisis institucional que atravesábamos y anunció el inicio de un despeñadero mayor que podía llevarse consigo el orden jurídico que hasta entonces, mal que bien, había preservado el hilo constitucional.

El triunfo durante el mismo año en las elecciones presidenciales subsiguientes, también por primera vez en la historia democrática, de una candidatura no apoyada por AD ni por COPEI, los partidos que hasta entonces se habían alternado el poder desde 1958, hizo evidente el comienzo del fin del bipartidismo sobre el que se había sostenido el modelo democrático local. Y el arrollador triunfo del teniente coronel Hugo Rafael Chávez Frías en las elecciones presidenciales de 1998, junto a la contundente derrota de los partidos del estatus que desde entonces pasaron a ser, también por primera vez, una minoría dentro de la Asamblea Nacional, no sólo mostró que el modelo bipartidista había fenecido sino que un nuevo tipo de actores, una nueva clase política, se había instalado en el epicentro del poder sin que, por entonces, se supiera por cuánto tiempo ni con cuál orientación precisa.

- 3 Decimos “dominante” para resaltar que hubo otras posturas, severamente críticas que alertaron, en algunos casos con desesperación las inequidades del sistema, el forjamiento de un modelo de crecimiento económico sin desarrollo, el desaprovechamiento y los efectos perversos de la renta petrolera, el camino equívoco y oportunista del populismo y los excesos de la *partidocracia*.
- 4 AD y COPEI gobernaron Venezuela, de manera alternativa, desde 1958 hasta 1993 cuando triunfó en las elecciones nacionales Rafael Caldera, fundador del partido COPEI, al cual había renun-

ciado para crear su propio movimiento electoral que le hizo presidente por segunda vez.

- 5 Hacemos referencia al título del libro *Venezuela una ilusión de armonía* compilado por Moises Naím y Ramón Piñango.
- 6 El término *turning point* utilizado en la dramaturgia cinematográfica sirve para designar el giro inesperado que toma una historia y que produce un salto y una ruptura en el hilo narrativo de un film.
- 7 Ramos Jiménez, Alfredo, “Los límites del liderazgo plebiscitario”. En Ramos J. Alfredo (comp). *La transición venezolana*, Mérida. ULA, 2002
- 8 Se hace referencia al proyecto en marcha de creación de milicias armadas conformadas por civiles que recibirán entrenamiento militar para, según las declaraciones del presidente de la República y los principales voceros del ejecutivo, preparar al país para la defensa de su soberanía frente a la amenaza de invasión de los Estados Unidos.
- 9 La oposición está conformada por una gama ideológica que va desde las posiciones más abiertamente ultraderechistas hasta movimientos de tradición marxista como Bandera Roja, partidos socialistas como el MAS, socialdemócratas como Alianza Bravo Pueblo o Un solo pueblo hasta nuevas organizaciones de centro derecha como Primero Justicia más los partidos tradicionales AD y COPEI
- 10 Dos ejemplos lo ilustran: el ventajismo ejercido por el régimen a través del abuso del recurso de la cadenas radioeléctricas contempladas en la constitución, de una parte, y del otro, el código de silencio, el *black out* para utilizar el anglicismo de los especialistas, acordado por los grandes medios radioeléctricos el 13 de abril cuando se tambaleaba la efímera junta de gobierno presidida por el empresario Pedro Carmona y ya se avizoraba el retorno de Chávez a Miraflores. Crf. Hernández, Tulio: “Crónica de un debate”. En *Teclas*, Año 1. N° 1. julio de 2002
- 11 Para hacerse una idea del grado de polarización y de la manera como ésta afecta la vida ciudadana pondremos cuatro ejemplos: i. el conflicto entre seguidores del presidente, los medios y los periodistas, que ya ha significado la agresión física, en algunos casos con lesiones graves, de más de 130 comunicadores; la destrucción de sedes de medios, el incendio de automóviles y equipos, y la amenaza de muerte a profesionales de la comunicación, de una parte, y de la otra, la existencia de una “pared mediática” que ha cartelizado la información de los medios privados convirtiéndolos en actores de primera línea y no en narradores del conflicto político ;
- 12 La existencia de grupos violentos que, con el apoyo o al menos el silencio absoluto del presidente y su equipo, funcionan como policías paralelas para castigar o amedrentar a los opositores en acciones que van desde golpizas propinadas a legisladores opositores en la sede misma de la Asamblea Nacional, la emisión de mensajes por televisión de grupo con pasamontañas y armas de guerra –Tarapaicas, Tupamaros, Frente de Liberación Bolivariano, son los nombres- que a la manera de células guerrilleras anuncian acciones militares de apoyo a la revolución, hasta la aparición de pistoleros que disparan abierta y públicamente contra manifestaciones opositoras; o, en sentido inverso, la organización de grupos de autodefensa, armados y organizados como milicias, en la urbanizaciones clase media alta de Caracas y otras capitales para repeler supuestos ataques de “hordas chavistas” y “círculos bolivarianos” que estarían planeando el asalto y saqueo de estas urbanizaciones;

la apropiación de espacios públicos convertidos en “fortalezas” o “cuarteles” de alguno de los

sectores en pugna que impiden el libre tránsito de los opositores: por ejemplo, la plaza Altamira convertida en especie de bastión, durante ocho meses, de los militares disidentes que intentaron una insurrección “institucional”, o “la esquina caliente”, una estación permanente de seguidores oficialistas que declararon la Plaza Bolívar, el corazón cívico de la ciudad capital, como territorio bolivariano e impiden, a través de golpizas y apedreamientos, que organizaciones políticas de oposición realicen lo que en Venezuela es un ritual sagrado, presentar una ofrenda floral ante la estatua del “padre de la patria”;

la práctica del “caceroleo” generalmente producido en restaurantes, centros comerciales y otros espacios públicos predominantemente de clase media a través de los cuales se impide la presencia (literalmente se les obliga a retirarse) a dirigentes o autoridades del oficialismo.

Se hace referencia al seminario “Valores y cultura política del venezolano: Hablan los investigadores”, realizado en Caracas, entre el 4 y 5 de marzo del presente año, en el que hubo numerosas coincidencias entre los 10 investigadores invitados como ponentes.

- 13 Marías, Julián: “La guerra civil española ¿por qué ocurrió?”
- 14 Góonzales, 2004; Maingón, 2002; Dietz y Myers, 2002; McCoy, 1999.
- 15 Magdaleno, John: “El discurso político del presidente Chávez y su impacto en la opinión pública”
- 16 Montero, Maritza: “Crisis política, autoinferiorización y autodeterminación”.
- 17 Ramos Jiménez, Alfredo: “Los límites del liderazgo plebiscitario. El fenómeno Chávez en perspectiva comparada”
- 18 Dietz y Meyer, 2002.
- 19 Idem
- 20 Coppedge, 1993
- 21 McCoy, 1998
- 22 Pererira 2004
- 23 Num, 1991
- 24 González 2003
- 25 Pereira, Valia: Ob cit.
- 26 Por ubicar
- 27 Acosta, Nelson: “Dispositivos simbólicos e identidades políticas en Venezuela”.
- 28 Ídem.
- 29 Dávila, Luis Ricardo: Venezuela: la formación de las identidades políticas. El caso dl discurso nacionalista (1920.1945)
- 30 Brunner, José Joaquín: América latina: cultura y modernidad
- 31 Briones-Cordeu-Olivera-Siffredi 1991
- 32 Magdaleno, John: ob. Cit. Pp 176
- 33 Mires, Fernando. Los diez peligros de la democracia en América latina, 2004